

se manifiesta y se hace traición á su pesar; en Jesús, todo obedece á la voluntad del Padre; durante treinta años, salvo el brillo de la escena bajo el pórtico de los paganos, vivirá desconocido, sus compatriotas apenas le notarán, y el Nazareno quizá no atraerá las miradas sino por una irradiación que daba á su persona una gracia y un encanto sobrehumanos.

De la fisonomía de Jesús, los documentos contemporáneos no nos han dejado ningún retrato. Algunos doctores entendían muy á la letra el pasaje de Isaías respecto al servidor de Jehová perseguido, aun le han rehusado la belleza. Si el rostro del hombre refleja lo invisible, Jesús ha debido ser el más hermoso entre los hijos de los hombres. La ley de Dios, velada por la sombra del dolor, iluminaba su frente con un esplendor suavizado, que el arte humano jamás logrará pintar.

Los Griegos, esos maestros de la estética, han dado á Jesús la majestad divina; los latinos, el aspecto conmovedor del hombre de dolor: él tiene también la aureola y el nimbo, la aureola del mártir y el nimbo de un Dios.



CAPITULO VI.

VOCACIÓN DE JESÚS.

La vida de un sér superior se explica por su destino, y su destino por su naturaleza y su genio. Pero la última palabra de todo está en aquel que trae la vida, ordena al destino, cría á la naturaleza é inspira al genio.

Esas relaciones entre Dios y el hombre que él envía, tienen siempre algún misterio tanto más profundo cuanto el genio tiene más amplitud, y la acción de Dios, más potestad y plenitud. Ellos resisten al análisis.

Al revelar él mismo su relación inefable con Dios, su vocación y su naturaleza, su obra y su persona, Jesús ha dibujado un retrato suyo vivo y fiel, él ha dicho la palabra del enigma de su vida.

El espíritu desconfiado que quiere criticar semejante testimonio y traer lo que tiene de trascendente á sus estrechas fórmulas, no comprenderá jamás á Jesús, él no puede sino desfigurarle y disfrazarle. Para penetrar los seres que nos domi-

nan, es preciso creer y amar; la fe y el amor tienen intuiciones superiores á la penetración del genio. Entre los discípulos del Maestro, ¿quién ha dejado de él la imagen más divina? Aquel que nos ha relatado sus confidencias más íntimas, aquel que le amó más.

El alma del hombre tiene tres centros: Dios, la naturaleza y la humanidad. El más grande es Dios. A medida que la vida ahí se concentra más, ella es más santa y fuerte. La tierra no ha sido para Jesús más que un punto de apoyo que le ha permitido entrar en contacto con la humanidad, su campo de acción. Mas su vida verdadera no estaba en la tierra ni en la humanidad, estaba en Dios.

El hombre se unió á Dios por el acto de sus facultades superiores, como al objeto supremo de su inteligencia y de su voluntad. Al conocerle y amarle, él se adhiere á él; al obedecer su ley, él se hace su servidor. Esta unión llena de dulzura y de encanto, no es menos accidental y preclara, como los lazos que la constituyen: el conocimiento es abstracto, el amor frágil y combatido por el egoísmo, la obediencia mal asegurada. Los más perfectos desfallecen y caen pesadamente bajo la esclavitud de la naturaleza y las miserias de la humanidad.

La fe cristiana caracteriza con una palabra misteriosa la unión que ligaba á Dios en Cristo: ella le llama una unción substancial y personal. La naturaleza humana y la naturaleza divina se encontraban en él, sin confundirse, unidas hipostáticamente en la persona del Verbo. Jesús era, sin metáfora, en el sentido más profundo y verdadero, el Hijo único de Dios; de esta manera él es sin igual en la humanidad.

El sintió su filiación divina.

No era, en él, ese sentimiento confuso de lo divino que caracteriza á las naturalezas místicas, y por el cual ellas perciben vagamente la relación oculta que liga á toda criatura á la causa infinita; era una conciencia luminosa, siempre despierta, del Dios personal, vivo, immanente en él. Entre Dios y su naturaleza de hombre, nada intermediario. Cada uno de esos ac-

tos tenía un carácter humano y divino que una sola palabra puede traducir: él era "theándrico."

Nada en Jesús que denote ó deje traslucir la exaltación de la sensibilidad, la fantasía de una imaginación fuera de sí misma. Todas esas facultades se equilibran; y, al nombrar á Dios su Padre, él expresa un hecho interior del que tiene el sentido íntimo. El no se lo demuestra, él le ve. El es el único que sea uno con el Padre.¹ Moisés, el más grande de los servidores de Dios, tiembla ante su Señor, Señor terrible de quien nadie verá la faz sin morir.² Jesús le ve y le ama. Los profetas son sobrecogidos por la palabra de Jehovah que cae sobre ellos como el rayo, dicen ellos: "El Señor me ha hablado;" Jesús la escucha siempre, y él la transmite como suya. Las más grandes almas religiosas buscan á Dios en el ascetismo y en el esfuerzo doloroso, ellas sienten por momentos su presencia en éxtasis rápidos, de los que resuelven bien pronto; Jesús le posee como propio, su naturaleza no tiene necesidad de ser arrobada, ella está en Dios, con quien ella vive cara á cara.

El tenía en él el Espíritu de Dios mismo. Todo lo que una naturaleza inteligente podía recibir, él lo poseía.—"Nosotros le hemos visto, decía después de su muerte su discípulo preferido; él era verdaderamente el Hijo único de Dios, lleno de gracia y de verdad."³

Todas esas facultades humanas prestan á esta unión con la naturaleza divina una plenitud y una armonía que han hecho de él el tipo acabado del hombre. El conocía á Dios, como un hijo á su padre, y él guardaba en él su palabra.⁴ Todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia estaban ocultos en él.⁵ El tenía la intención que percibe el Principio de las cosas, y leía en los fenómenos que sorprenden á los sentidos, las ver-

¹ Juan, X, 20.

² Ex., XXXIII, 20.

³ Juan, I, 14.

⁴ Juan, VIII.

⁵ Epíst. ad Coloss., II.

dades invisibles que la inteligencia humana debe abstraer. Ningún maestro de la tierra le ha instruido ni formado; él es el discípulo de Dios. Por lo mismo, la ignorancia no limita su pensamiento, y el error jamás le turbó. La inspiración es constante en él; ella no es, como entre los profetas, una luz reflejada, intermitente, sino la claridad infinita, siempre radiante, de la Palabra eterna.

Es raro que en el hombre á quien dominan las facultades intelectuales, le hagan equilibrio la voluntad y las fuerzas afectivas. En Jesús, todo está á la misma altura; como la Verdad le ilumina, la Bondad y la Belleza le atraen, su amor está en el bien total, y su espíritu en lo verdadero absoluto. Entre la voluntad de su Padre y la suya el acuerdo es constante, á pesar del dolor, la oposición de los hombres, las repugnancias instintivas de la naturaleza, los obstáculos de todas clases, á pesar de la misma muerte. El no conoce más que la voluntad del Padre, de ella se nutre.¹ El nada obra por sí mismo;² él no busca su voluntad, sino lo que agrada á su Padre,³ y siempre la cumple.⁴

El hombre mejor dotado ve el bien, y no le ejecuta sino á medias; las fuerzas desordenadas le paralizan, le contienen ó le extravían; el egoísmo soberbio al apartarle de Dios, le priva de su apoyo: Jesús ve el bien, y le realiza sin arrebato ni desfallecimiento. ¿Quién le convencerá de pecado?⁵ Nadie resiste á su fuerza: la voluntad de Dios está en él; y como él está al servicio de su Padre, no obrando sino sobre el orden de su voluntad, él jamás está decaído. Su oración siempre es escuchada; esta confianza le da la mansedumbre de aquel que todo lo puede. El no destruye nada, porque él no conoce la violencia; él hace lo que quiere, pero él no quiere sino el bien

¹ Juan, IV, 34.

² Juan, V, 30.

³ Juan, VI, 38.

⁴ Juan, VIII, 18.

⁵ Juan, VIII, 46.

y la vida. La bondad es su ley, y la vida y el bien brotan de sus manos, siempre abiertas para bendecir.

La imaginación, los instintos y las pasiones que arrastran tan violentamente y arraigan el alma en la tierra, que turban frecuentemente la percepción de la verdad, embarazan ó quitan nuestra libertad, todas esas fuerzas inferiores obedeciendo en Jesús á la voluntad como la voluntad obedeciendo á Dios. De ahí la calma, la serenidad, la dulzura que se desprenden de su naturaleza llena de armonía. La luz, el amor y la belleza de Dios transpiran á través de todo su sér, una virtud divina sale de él.¹ Su sensibilidad era exquisita. Por ella entraba en comunión con el mundo terrestre. El amaba á la naturaleza: ella le hablaba de la bondad, de la munificencia de su Padre celestial.² El no le ha pedido ninguna alegría. En medio de los hombres, él ha querido conocer la tristeza, las fatigas, la compasión, las cóleras santas contra el mal, las luchas sin tregua, las infidelidades, la traición, las torturas y los abatimientos de una agonía sangrienta, el suplicio y los horrores de la muerte.

El frecuentemente ha llorado.³ Todos los sufrimientos humanos le han conmovido; pero la inocencia de los niños le halagaba, le encantaba. Un profeta, al verle de lejos, le había llamado "el Hombre de dolor que sabe sufrir."⁴

El no se ha conmovido sino en el Espíritu de quien desbordaba; y la única alegría sensible que gustó en la tierra, fué el encuentro de las almas de fe, porque podía salvarlas.

El mal le entristeció hasta la agonía.

Esta inmensa queja que forma el fondo de toda la creación anhelante por la gloria de los hijos de Dios, por su renovación y su transfiguración,⁵ llenaba el alma de Jesús y no ha hallado en ninguna parte una expresión más conmovedora y

¹ Luc., VI, 1, 9; VIII, 46.

² Mateo, VI, 28; XII, 27.

³ Luc., XIX, 41; Juan, XI, 35.

⁴ Isaías, LIII, 3.

⁵ Epíst. á los Rom. VIII, 15.

más llena: él permanece para los hombres el Crucificado, el más dulce y el más amado de los mártires.

Estudiada en su esencia, fuera de todas las divisiones accidentales, artificiales, fundadas sobre la cultura y la raza, el clima y el tiempo, la civilización y la religión, la especie humana se divide en tres clases: la multitud, los talentos y los genios. Esta es una pirámide gigante; la multitud forma la base, los talentos la parte media, y los genios la cima.

Al genio, la originalidad, la invención y la iniciativa; él crea las formas nuevas y da impulso á todo, conduce á la humanidad por direcciones desconocidas antes de él, la turba ó la apacigua, la separa ó la dirige, la abate ó la eleva.

El talento no inventa, sigue las inspiraciones del genio, las aplica ó las conserva, las interpreta ó las divulga. Se siente en él el esfuerzo doloroso y el trabajo paciente que honra á todo ser de buena voluntad.

Si el genio es el dios, el talento es su profeta.

Entregada á sus instintos y á sus vagas inspiraciones, la multitud, pasiva y sin iniciativa, obedece al impulso de sus señores, ella recibe de ellos las ideas ya formadas, las direcciones que la orientan; ella es el ganado que va á donde la conduce el pastor.

Por grande que sea, ningún genio humano es perfecto, él tiene sus límites y sus excesos, sus debilidades y sus violencias, sus intuiciones instantáneas y sus eclipses, sus errores y sus ceguedades. Su inspiración intermitente se agota; sus obras se disuelven y envejecen; sus creaciones tarde ó temprano son excedidas.

Nada parecido en Cristo: su palabra, su vida, su obra subsisten, dominan á la humanidad como un cielo de luz, admirando á la razón, gobernando las conciencias, desafiando la movilidad y el esfuerzo de los siglos.

El genio humano tiene sus variedades que resultan de las facultades en las que sobresale. De ahí, los genios de la idea, los genios de la acción y los genios estéticos. Los primeros

piensan y conciben; filósofos, moralistas y sabios, arrancan algunos secretos al enigma de las cosas, á Dios, al alma humana, á la naturaleza. Los segundos obran, tienen la fuerza que subyuga; políticos, conquistadores, obreros sublimes, atraen á los hombres, remueven la tierra y la transforman. Los otros, apasionados de lo ideal, tienen el arte de traducirle; oradores, escritores, poetas y artistas, ellos le encarnan bajo una forma sensible, en la palabra, la luz ó la armonía, sobre la tela, la piedra ó el metal.

Ningún genio entre los hombres tiene la universalidad; ni aun las energías sino sobre el punto que las concentra, y la facultad dominante se subordina siempre á los demás. Sólo un genio hace excepción, el genio religioso.

Considerado en sí mismo, él está esencialmente caracterizado por el desarrollo y la predominancia del sentido divino; él inunda, penetra al alma de quien está dotado, y marca con su sello á todas sus facultades; él la tiene en comunión con Dios, y mientras que los demás se extienden en el mundo humano y en la naturaleza el alma religiosa se concentra en lo Infinito. Ella siente por doquiera su presencia, por doquiera le mira y le llama, le medita, le suplica y le adora, ella vive de él: una alma semejante es un templo á quien Dios llena.

De todas las formas que puede revestir la naturaleza humana, la forma religiosa es sin duda la más acabada, porque ella recoge todas las potestades en la más alta armonía, concentrándolas en el objeto más sublime que puedan alcanzar la inteligencia, la voluntad y la actividad libre. La verdad, el bien, lo ideal, ¿no tienen en Dios su centro y su perfección? Nutrirse de Dios, es vivir de la eterna verdad, del eterno bien, de la absoluta belleza.

Cuando el genio religioso llega á producirse al exterior, implica y debe contener á todos los demás: el genio del pensamiento para enseñar á los hombres las más altas verdades de Dios, del destino y de la vida; el genio de la acción para mandar á las conciencias y disciplinarlas; el genio estético para

encarnar en la palabra ó en los ritos el ideal divino que encanta las facultades sensibles del sér humano.

En efecto, todos los hombres superiores que han influido en la humanidad, religiosamente, son, por añadidura, grandes pensadores, grandes legisladores, grandes artistas; ellos tienen la ciencia, el poder, el influjo; ellos saben, pueden, fascinan. En nombre de Dios de quien se dicen los mandatarios, ellos no discuten, afirman, hablan como maestros y ejercen sobre la multitud una especie de encanto: naturalezas poderosas que poseen el secreto de inspirar la fe á sus semejantes y de cavar el lecho en el que millares de hombres y de generaciones enteras, durante siglos, se suceden como un río contenido por un dique.

Jesús, por la misma causa de la plenitud armónica de todas sus facultades, en un grado sin igual, jamás ha sido clasificado en una categoría especial de los genios humanos. Sin embargo, si yo me atreviera á aplicarle un nombre muy pequeño para su gloria, diría que él es el mismo genio religioso, en su esencia y en su esplendor ideal.

La mayor parte de los grandes hombres que han fundado una religión no han sido más que reformadores, como Zoroastro y el mismo Cakya-Mouni, mezclando á su doctrina errores que la conciencia y la razón reprueban. El dualismo del uno, la ascensión bizarra del otro,—por no nombrar más que á éstos,—bastan para juzgarlos; y la ley más santa que haya, antes del Evangelio, regido á un pueblo,—la ley mosaica—llevaba la marca indeleble de la imperfección: obra transitoria, debía desaparecer, desde que el hombre engrandecido estuviera presto para el reino de Dios.

Todo lo que caracteriza el genio religioso en su perfección absoluta se cumple en Cristo, tal como los Evangelios le presentan, tal como la fe del cristiano le adora, tal como él mismo se revela. Antes de él, aun en Moisés y en los profetas, no se halla más que un bosquejo; después de él, aun en los santos, no se halla más que una copia de ese modelo divino.

No es solamente una idea de Dios más ó menos nueva y original, sino siempre abstracta, que él trae, es el Dios vivo y personal, el Padre celestial. El es la expresión misma, sensible, viva y personal. El no es más que uno con él.¹ El que le ve, ve al Padre.² El que tiene fe en él, tiene fe en el Padre.³ El no muestra solamente el cielo; él le lleva en él y le abre.

El no ha instituido vanos ritos, pompas estériles que hablen á los sentidos y á la imaginación de las multitudes, él permanece vivo bajo los símbolos y los sacramentos del culto fundado por él; de su sér divino el hombre comulga, al participar de esos ritos religiosos.

Mientras que los demás imponen preceptos, redactan códigos y avasallan á sus sectarios bajo un brazo terrible, él comunica á sus fieles el Espíritu de Dios, su espíritu; él se hace amar. Los demás se dirigen á un pueblo, á una raza, á un tiempo; él habla á toda criatura, sin distinción de pueblo, de raza, de tiempo. Moisés no era más que un servidor: Jesús es el Hijo de Dios.

La verdadera marca del genio religioso, aquella que atestigua la verdad y ordena la veneración de los hombres, es la santidad. La virtud es la piedra de toque de su misión. Se puede ser enviado de Dios sin hacer milagros; el verdadero milagro está en el reinado de una conciencia y de una vida puras. Los prodigios engañan, el heroísmo de la voluntad dócil á la ley de Dios no engaña; las que se dicen visiones pueden no ser más que ilusión, la práctica del bien revela siempre la presencia del Sér perfecto.

No hay un hombre, entre los más grandes genios religiosos, que no lleve los estigmas de la debilidad moral y en quien no se descubra alguna llaga oculta.

Cuando se lee la vida de Mahoma, ¿cómo contener el grito de la conciencia ofendida, ante esa poligamia que deshonra sus

¹ Juan, X, 30.

² Juan, XII, 43.

³ Juan, XI, 41.

últimos años, y que deja ver la impotencia de ese gran hombre, menos religioso que político, para reprender sus instintos, en una edad en la que la moderación parece ser una virtud natural? Y el sabio Cakya-Mouni, ¿cómo absolverle de ese pesimismo que está en el fondo de su doctrina, y de ese violento ascetismo que puede ser un gran secreto para morir, pero que es la negación misma de nuestro destino terrestre?

El hombre no está hecho solamente para conquistar el cielo, él está criado para dominar la tierra. El verdadero maestro religioso debe darle la ciencia de la muerte, sin rehusarle la ciencia de la vida.

Jesús sólo hace excepción á la ley fatal de la miseria moral; jamás se le ha sorprendido, fuera de la voluntad de su padre, en contradicción con el bien. El es el ideal humano de la santidad, el tipo sin mancha de la virtud; y aquellos son mejores entre los hijos de los hombres que se aproximan más á él. La santidad ha brotado de su propia conciencia sobre la humanidad entera, él santifica todo lo que toca; desde que él ha parecido, la virtud se ha multiplicado y le ha hecho cortejo; ella parece la estrella de Cristo á través de las ondas del océano humano.

El hecho más importante en la historia íntima de los seres superiores es el génesis de su vocación. Ellos no existen, á decir verdad, sino tomando conciencia de su papel providencial. Todos tienen una tendencia á revelarse, á producirse, á obrar; á medida que son más grandes, la tendencia es más imperiosa; pero al comunicarse al exterior, ellos deben contar con el medio y el momento.

El crimen de los genios es el revelar ó falsear su destino; como su gloria es el cumplirle hasta el fin. Infieles, se convierten en azotes; dóciles son guías é iniciadores. Cuando un genio consciente de sí mismo se somete á Dios como á su ley soberana, cuando él tiene el don supremo de conocer las exigencias del medio y la oportunidad del momento, él puede obrar; su vocación es madura. La mayoría vacila largo tiempo;

ellos no tienen sino laboriosamente conocimiento de sí mismos y de su papel; ellos no adquieren sino con pena la ciencia del medio y del tiempo; ellos interrogan con angustia la voluntad de Dios de la que no tienen el secreto; ellos mezclan su egotismo y sus pasiones á la obra que exige el sacrificio de ellos mismos, retroceden á menudo ante las dificultades y los obstáculos, en donde ellos se precipitan algunas veces ciegamente; es un drama del que la historia no nos refiere sino por fragmentos las frases crueles, y que las conciencias traen, sin abandonar el misterio.

Pero Jesús correspondió siempre á su alto destino que él conoció de ciencia divina, desde toda la eternidad, y de ciencia intuitiva desde que él fué concebido.

Toda su vocación está en el hecho primordial de su filiación divina. Hijo de Dios, él no podía tener otra función en este mundo, que la de hacer reinar á su Padre; esto es lo que él llamará más tarde el Reino de Dios, el Reino de los Cielos. Sus palabras, sus enseñanzas, sus actos, su vida entera, sus luchas y aun su muerte, no son concebibles sin este fin que es su única razón de ser.

Bajo el punto de vista bíblico, la humanidad está, pues, dividida en dos mitades: judaísmo y paganismo. En el judaísmo, el Reino de Dios está ya comenzado y su nombre terrible es conocido; su ley, —una ley imperfecta, una ley esclava, —está promulgada: Jesús deberá llevar ahí el complemento y la perfección, en esto consistirá su papel mesiánico. El sustituirá á la obra de Moisés su Iglesia, y él convocará no solamente á los Judíos fieles, sino á los paganos abandonados, presa de todos los errores y de todos los vicios.

La humanidad entera, á pesar de la ley mosaica dada á Israel, á pesar de la sabiduría y de la razón de los grandes hombres, se doblega al impulso del mal, impotente para vencerle: Jesús tiene por función darle el Espíritu mismo de Dios que

¹ Mat., V, 17.

solamente triunfa del mal, y de bautizarla en ese Espíritu; bajo este título, él no será solamente el Mesías de los Judíos, sino el Salvador único de todos los pueblos.¹

La humanidad, sondeada en lo más profundo de su naturaleza, aspira á Dios, á Aquel que no pasa; ella tiene por destino el consuelo, participar de su vida y con ella saciar la plenitud de sus aspiraciones: la tarea de Jesús es la de conducirla á ella, de comunicarle esta verdad y esta vida; pero como no se las saca sino de él, es preciso que atraiga hacia él á la humanidad entera.² La conciencia universal llama á la eterna justicia, exige una expiación: Jesús será el Cordero de Dios, la víctima que lava los pecados del mundo; la humanidad ignora á ese Dios para quien ella está hecha: es preciso que Jesús le revele su nombre; él será su Maestro, su único Maestro; ella no ha comprendido que toda la ley del deber estaba en el amor, es preciso que Jesús le enseñe, y él será su legislador.

Así es como debe constituirse el Reino de Dios,—ese reino destinado á sufrir la violencia y que solamente tienen los esforzados; Jesús será el fundador.

Bajo la acción del Dios personal y vivo que llena su naturaleza de hombre, conociendo la voluntad de su Padre, penetrando el alma del pueblo de quien se conoce él ser el Mesías, sondeando al sér humano en sus profundidades, midiendo el doble abismo del dolor que le atormenta y del mal que le devora, él ha visto el drama universal de la gran vida de la humanidad, conocido la hora exacta de su historia, y él se ha proclamado con una voz que todo lo ha conmovido: Yo soy Aquel que espera mi pueblo, yo soy el deseado de las naciones.

1 1^a Epíst. á Timoteo, XVI, 5.

2 Juan, X, 10.

3 Juan, XII, 32.

4 Juan, I, 29, 36.

5 Mateo, XXIII.

6 Mateo, XI, 12.

Tal es la vocación de Jesús.

Ningún destino puede serle comparado, porque todos llevan el sello de la debilidad del genio, del particularismo de la raza, de las preocupaciones del tiempo; y todos, como la sabiduría del hombre, son cortos bajo cualquier aspecto. Se puede conceder á Mahoma el honor de haber arrancado á algunas tribus de la idolatría y de ser así para una raza el apóstol de la unidad de Dios; no se le absolverá de haberse dado á sí mismo como llevando la última palabra de las revelaciones divinas: el Korán estaba sobrepujado, antes de nacer, por la Biblia y por el Evangelio de quien es el plagio. Cualquiera admiración que se tenga por la mansedumbre y el carácter lleno de bondad de Cakya-Mouni, proclamándose el maestro destinado á enseñar á los hombres la vida de salvación, ¿quién no retrocederá ante ese pesimismo para quien la misma existencia es un mal, y el único remedio la libertad de toda existencia ó el Nirvana? Su código moral y social es admirable en algunos puntos: ¿qué fuerza da el Bouddha para cumplirle? Importancia radical del genio humano: palabras, ejemplos, una ley moral que alumbra; pero siempre la letra muerta que mata, y nunca el espíritu que vivifica.

La vocación de Jesús no descubre ninguna debilidad personal, ninguna estrechez de raza, ningún error de los tiempos. Original, como todo lo que viene de Dios directamente, ella lleva en su forma humana todos los caracteres de Dios: la universalidad, la eficacia creadora, la inmutabilidad.

Nacido Judío, en un siglo determinado, Jesús no se parece á ninguno de los caracteres de ese pueblo, él no es ni palestino, ni alejandrino, él domina igualmente al doctor jerosolimitano Hillel y al helenista Philón. Sus palabras, sus doctrinas, no recuerdan para nada al uno y al otro. El es el mismo. Lo que dice es de todos los tiempos, tanto de hoy como de hace diez y ocho siglos; es el hombre tipo que obra en él; su obra abraza á la humanidad entera, en lo que tiene de eterno y de esencial; su reino no pasará del cielo y de Dios cuyos nom-

bres lleva; la Ley que él formula como código de ese reino no será excedida, porque ella expresa las relaciones inmutables entre la voluntad de Dios y los hombres que él debe salvar; y la fuerza que él tiene con su Ley, es la fuerza del mismo Dios, su Espíritu vivo y personal, presto á abrazar á la humanidad entera.

Tal es la potestad de esta idea que ella se ha abierto un camino á través de todos los siglos y de todos los pueblos, viva, indomable como en el primer día, á pesar de la resistencia del hombre. Cristo desaparecido, continúa siendo el mismo como él se ha afirmado; su espíritu reina, su obra vive, el Reino de Dios prosigue su evolución grandiosa. El judaísmo, siempre impotente como religión, le mira engrandecer, incapaz de sujetarle y condenado á sufrirlo. Los últimos restos del paganismo hindou se descomponen, y mientras que el mahometano trata de arrancar á los salvajes del fetiquismo grosero, Jesús domina al mundo por su Espíritu, único centro del que el hombre no cesa de sacar la verdad de Dios, la fuerza y la paz.

Lo propio de las vocaciones poderosas es orientar la vida, llenar la actividad interior, concentrar los pensamientos, las resoluciones, todas las fuerzas afectivas; la de Jesús ha debido absorberle todo por completo; ella le iluminaba, le sostenía, le alimentó en los largos años de Nazareth. Durante este período de vida desconocida, sólo el Espíritu de Dios le ha hecho crecer, arreglándole y preparándole para su obra. Todo lo ha recibido de él y nada de los hombres. ¿Qué maestro hubiera podido iniciarle en lo que estaba sobre el hombre? Todo lo que él vió, sintió, resolvió, deseó, le ha sido dado por intuición é inspiración; en sí mismo es donde él ve; todo lo que él dice está vivo en su conciencia; su palabra no es más que el eco ardiente y penetrante. El no vacila, él no duda; ninguna incertidumbre, ningún esfuerzo.

Bajo el choque de la inspiración, el genio humano se agita, llevado fuera de sí, impotente para contenerse; la calma de Jesús es como su inspiración, él tiene la plenitud y la constan-

cia. Señor de sí mismo, él no obra sino á su voluntad. Llegada la hora, y ella va á sonar, el obrero, el hijo del carpintero, abandonará su vida oscura, y, con una decisión, una firmeza, una plenitud, una energía tranquila, dirá: "Los tiempos se han cumplido. El Reino de los cielos está ahí; arrepentíos, y creed."¹

Esta será su primera palabra, el comentario de la respuesta misteriosa que él hacía á los doce años: "¿No sabéis que yo debo estar ocupado de los negocios de mi Padre?"

Esta palabra encierra toda su vida pública y todo su destino.

El racionalismo, cuyos procedimientos críticos jamás han penetrado el genio religioso del Oriente, se ha despreciado torpemente respecto al papel único de Jesús como respecto á su naturaleza. El nada ha visto en esa relación misteriosa que une á Cristo con Dios, y él jamás ha podido dar más que una interpretación insuficiente de su filiación divina. De ahí esas aberraciones acerca del destino del Maestro. El no se ha elevado hasta la idea que le es propia y que le distingue de todo sér humano. El ha hecho un reformador, un moralista, un revolucionario religioso y social, un legislador y un fundador de la religión pura, no disponiendo como todos los hombres, más que de la potestad de instruir, de formular dogmas nuevos, preceptos más puros, de establecer una sociedad nueva; él no ha reconocido en él la potestad de comunicar al hombre el Espíritu de Dios, como fuerza viva y personal.

Esta concepción puede exceder los sistemas de una filosofía que suprime la personalidad divina, pero ella se impone al historiador que tiene el respeto de los documentos evangelicos, y que, en vez de pintar á Jesús conforme á sus propias ideas, trata de representarle tal como él mismo se ha afirmado, ante el testimonio irrecusable de la historia.

Cuando un hombre providencial ha llegado á su plenitud, el medio en que debe obrar le invita á producirse, las circuns-

¹ Marc., I, 15.

tancias van delante de él; de la misma mano que cría los genios y los aplica á su obra, Dios conduce los acontecimientos á donde ellos deben de verificarse; entre el curso de los unos y la evolución de los otros, hay una armonía preestablecida: la misma hora marca su madurez.

En el momento en que Jesús se aproxima á su treintavo año,—la edad perfecta de la virilidad entre los Judíos,—el mismo Espíritu que le ha producido y que ha hecho converger hacia él todo el movimiento de los siglos,¹ prepara directamente el teatro en donde él va á aparecer; él le acorta el camino, él despierta el alma de su pueblo por una de esas voces que apasionan á la multitud y conmueven las conciencias.

LIBRO SEGUNDO.

JUAN EL PRECURSOR Y LA VENIDA DE JESUS.

¹ Véase el libro I, cap. I.